

MEMORIAL DE SANTA ELENA

(SELECCIÓN)

EMMANUEL DE LAS CASES

Memorial de Santa Elena

(Selección)



ERASMUS

2024

Primera edición: enero de 2024

© de esta edición: Editorial Erasmus, 2024

Director: Raúl López López
Corrección de texto: Cristina García González
Diseño de cubierta: estudiodavinci
Imagen de cubierta: *Napoleón Cruzando los Alpes*,
Jacques-Louis David (1801-1805), óleo
sobre lienzo (Palacio de Charlottenburg,
Berlín)
Maquetación: Alberto R. Torices

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com info@almuzaralibros.com

I.S.B.N: 978-84-15462-95-8

Depósito Legal: CO-2081-2023

Imprime: Liberdúplex

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Hecho e impreso en España *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

Prólogo.	7
Introducción	9
DIARIO DE LA ISLA DE SANTA ELENA	
Desde 20 de junio de 1815 hasta 15 de octubre, que llegamos a la isla de Santa Elena	17
ESTANCIA EN BRIARS	
Desde el 16 de octubre de 1813, que desembarcamos en Santa Elena, hasta el 9 de diciembre, víspera de la traslación a Longwood	71
ESTABLECIMIENTO EN LONGWOOD	105

PRÓLOGO

Un cúmulo de circunstancias extrañas me puso durante diez meses junto al hombre más extraordinario que conocieron los siglos. Movidado por la admiración, le seguí en su desgracia, sin conocerle; pero en cuanto le hube tratado, el afecto me unió para siempre a su persona.

Lleno está el universo entero de su gloria, hazañas y monumentos; pero nadie conoce los verdaderos matices de su carácter, sus cualidades privadas y las inclinaciones naturales de su corazón bondadoso; este es el gran vacío que me propuse llenar y, para salir airoso en mi empeño, el azar me llevó a un puesto único tal vez en la historia.

He recopilado y escrito día por día cuanto he oído decir, cuanto he visto hacer a Napoleón durante el tiempo que pasé a su lado; y es indudable que, en muchas conversaciones a las que estuve presente, hablaba su alma sola, se escuchaba al hombre, no al guerrero ni al emperador: así, que no habrá dejado de retratarse él mismo como en un espejo, sea cualquiera el aspecto en que se le mire. Libre ya cada cual, para

estudiar su carácter, si cae en un error, no ha de ser por falta de materiales.

Passy, 20 de diciembre de 1822

EL CONDE DE LAS CASES

INTRODUCCIÓN

Me he propuesto escribir diariamente cuanto ha dicho y hecho el Emperador Napoleón durante el periodo de tiempo que le he acompañado; pero antes de comentar, permítaseme un preámbulo que creo no será inútil.

Nunca me he dedicado a una lectura histórica sin haber querido previamente conocer a fondo el carácter del autor, su situación en el mundo, sus relaciones políticas y domésticas; en una palabra, los grandes acontecimientos de su vida. He creído que solo con semejantes datos podría encontrarse la clave de sus escritos y la medida cierta de la confianza que merece. Penetrado de estas verdades, voy a presentar a mis lectores las mismas cualidades que yo he exigido de los otros. Antes de empegar mi narración, daré una idea sucinta de todo lo que me concierne.

Cuando estalló la revolución tenía poco más de veintiún años, y acababan de nombrarme teniente de navío, que correspondía al grado de oficial superior en un regimiento de línea; mi familia tenía entrada en la corte; y si bien mi fortuna no era muy pingüe, mi nombre, mi rango en el mundo y la pers-

pectiva de mi carrera, según el espíritu y los cálculos de aquel tiempo, debían hacerme esperar un casamiento cual podría desearlo. Entonces empegaron nuestras conmociones políticas.

Uno de los vicios principales de nuestro sistema de admisión al servicio era el de privarnos de los beneficios de una educación fuerte y perfeccionada. Emancipados de nuestras escuelas a la edad de catorce años, desde aquel instante abandonados a nosotros mismos, y en cierto modo arrojados a un inmenso vacío, ¿en dónde hubiéramos podido tomar la más ligera idea de la organización social, del derecho público y de las obligaciones cívicas?

Por estas razones, conducido por ilustres preocupaciones, más bien que por deberes bien reflexionados, y sobre todo arrebatado por una inclinación natural a las resoluciones generosas, fui de los primeros a correr en pos de nuestros príncipes para salvar, según decían, al monarca de los excesos de la revolución y defender nuestros derechos hereditarios, que no podíamos aún abandonar sin oprobio. Según el sistema bajo el cual nos habían educado, era necesario tener una cabeza muy bien constituida o un espíritu muy débil para resistir al torrente.

Muy luego la emigración se hizo general. La Europa conocía demasiado esta funesta medida, cuya sandez política y error nacional no puede en el día hallar excusa, sino en la falta de luces y en la rigidez de corazón de casi todos los que la emprendieron.

Derrotados en nuestras fronteras, licenciados, disueltos por los extranjeros, desechados y proscritos por

las leyes de la patria, un gran número de los nuestros pasaron a Inglaterra, que no tardó en arrojarlos en las playas de Quiberon. Bastante feliz por no haber sido del número de los que desembarcaron, a mi regreso pude reflexionar sobre la horrorosa situación de combatir la patria bajo los estandartes extranjeros; y desde aquel instante mis ideas, mis principios y mis proyectos titubearon, se alteraron o cambiaron.

Desesperando de los acontecimientos, abandonando el mundo y mi esfera natural, me entregué al estudio; y, bajo un nombre supuesto, empecé de nuevo mi educación, procurando cooperar a la ajena.

Sin embargo, al cabo de algunos años, el tratado de Amiens y la amnistía del primer cónsul nos abrieron de nuevo las puertas de la Francia. Nada poseía ya en ella, porque la ley había dispuesto de mi patrimonio; ¡pero es imposible olvidar el suelo natal o destruir el hechizo de respirar el aire de la patria!

Corrí, agradecí un perdón que me era tanto más caro cuanto que podía decir con orgullo que lo recibía sin tener de qué arrepentirme.

Poco tiempo después, se proclamó de nuevo la Monarquía. Entonces mi situación y mis sentimientos se encontraron en una extraña perplejidad: me hallaba soldado, castigado de una causa que triunfaba. Cada día se iban restaurando nuestras antiguas ideas; todo lo que había sido caro a nuestros principios y preocupaciones se restablecía; y con todo, la delicadeza y el honor los imponían una especie de deber de vivir retirados.

Vanamente el nuevo Gobierno había proclamado altamente la fusión de todos los partidos; en vano

su jefe había consagrado por principio de no conocer ya en Francia sino franceses; en vano varios antiguos y compañeros me ofrecían las ventajas de una nueva carrera a mi elección; no pudiendo conseguir el vencer la discordancia interior que me atormentaba, me condené obstinadamente a la abnegación y me acogí al trabajo; compuse bajo el mismo nombre supuesto una obra histórica, que restableció mi fortuna, y pasé entonces los cinco o seis años más felices de mi vida.

Sin embargo, acontecimientos sin ejemplo se sucedían alrededor de nosotros con una rapidez inaudita; de tal naturaleza y carácter, que no era posible permanecer insensible a cualquiera que conservase en su corazón el menor vestigio de amor de lo grandioso, noble y bello.

El lustre de la patria se elevaba a una altura desconocida en la historia de ningún pueblo: se presentaba una administración sin ejemplo por su energía y sus felices resultados; un vuelo simultáneo, que, inculcando repentinamente a toda especie de industria, excitaba todas las emulaciones a la vez; un ejército sin igual y sin modelo que aterroriza en el exterior y crea un justo orgullo en el interior.

A cada instante nuestro país se llenaba de trofeos; un sinnúmero de monumentos proclamaban nuestras hazañas: las victorias de Austerlitz, de Jena, de Friedland; los tratados de Presbourg y Tilsit hacían de Francia la primera de todas las naciones y árbitra de los destinos universales: verdaderamente, era un honor insigne el ser francés; y con todos estos heroicos he-

chos, estas hazañas, todos estos prodigios eran obra de un solo hombre.

Por mi parte, cualesquiera que hubiesen sido mis preocupaciones anteriores, estaba atónito de admiración, y es sabido que de la admiración al amor no hay más que un paso.

Precisamente en aquella época el Emperador llamó a algunos individuos de las primeras familias alrededor de su trono e hizo circular la voz entre los demás de que consideraría como malos franceses a cuantos se obstinasen en vivir retirados. Yo no dudé ni un solo instante; ya había agotado mi juramento natural, el de mi nacimiento y el de mi educación: había sido fiel hasta el fin. Ya no se trataba de nuestros príncipes, pues ni aun sabíamos si existían. Las solemnidades de la religión, la alianza de los reyes, la Europa entera, el esplendor de la Francia, todo, todo me enseñaba que tenía un nuevo soberano. ¡Nuestros predecesores habían resistido tanto tiempo, y a unos esfuerzos tan poderosos para unirse al primero de los Capelos! Respondí, pues, que por mi parte, feliz con este llamamiento de salir con honor de la posición delicada en que me hallaba, ofrecía libremente y de todo buen corazón al nuevo soberano todo el celo, afecto y amor que constantemente había alimentado hacia mis antiguos señores; y la consecuencia de mi declaración fue mi admisión inmediata en la Corte.

Sin embargo, yo deseaba vivamente probar con hechos la sinceridad de mis palabras. Los ingleses invadieron Flesinga y amenazaron Amberes; corrí como voluntario a la defensa de esta plaza; se evacuó Fle-

singa, y mi nombramiento de gentilhombre me llamó al lado del príncipe. A este empleo honorífico yo deseaba juntar alguna ocupación útil; pedí y obtuve ser miembro del Consejo de Estado. Entonces se sucedieron rápidamente varias misiones de confianza: se me mandó a Holanda, en el momento de su reunión, para recibir los objetos relativos a la marina; a Iliria para liquidar la deuda pública, y a la mitad del Imperio para inspeccionar los establecimientos públicos de beneficencia. En nuestras últimas desgracias he recibido las pruebas más lisonjeras de haber dejado alguna estimación en los países que había recorrido como hombre público.

Pero la Providencia había fijado un término a nuestras prosperidades. La catástrofe de Moscú, las desgracias de Leipzig y el sitio de París son bastante conocidos. Yo mandaba una legión en esta última ciudad, que el 31 de marzo se cubrió de honor con la pérdida de un crecido número de ciudadanos. En el momento de la capitulación entregué el mando a mi sucesor; yo creía deber cumplir aún otros deberes cerca de la persona del príncipe, pero no pude llegar a tiempo a Fontainebleau: el Emperador abdicó, y el rey vino a reinar.

Entonces mi situación fue aún más extraordinaria que doce años antes: triunfaba al fin la causa por la cual yo había sacrificado mi fortuna, por la cual había sufrido doce años de destierro en el extranjero y seis de abnegación en el interior; triunfaba al fin, y con todo el punto de honor, y otras máximas que me impedían recoger el menor fruto.

Jamás se ha pisto una situación más extraordinaria que la mía: dos revoluciones en sentido opuesto se habían realizado; la primera, me había costado mi patrimonio; la segunda, pudiera haberme costado la vida; y ninguna de las dos me proporcionaba un resultado ventajoso. El vulgo no verá en todo esto más que una desagradable tergiversación de opiniones; los intrigantes dirán que he sido dos veces chasqueado, y solo el pequeño número comprenderá que ambas he cumplido deberes muy grandes y honrosos.

Como quiera que sea, mis antiguos amigos, que el nuevo orden de cosas elevó a los primeros empleos, a pesar del sistema que yo había abrazado, no habiéndome retirado su afecto y amistad, me instaban para que me acercase al nuevo Gobierno; pero me fue imposible dar oídos a su buen afecto, estaba disgustado, abatido y resuelto a concluir mi vida política. ¿Debiera yo exponerme al falso juicio de los que me observaban? ¿Podía cada cual leer en el fondo de mi corazón?...

Francés hasta el fanatismo, no podía soportar la degradación nacional que diariamente presenciaba en medio de las bayonetas enemigas; traté, pues, de irme lejos para distraerme de las desgracias de mi patria, y fui a pasar algunos meses a Inglaterra. Todo me pareció cambiado, empezando por mí mismo.

Apenas regresé, Napoleón apareció en nuestras costas. En un abrir y cerrar de ojos llegó a la capital sin combates, sin excesos, sin efusión de sangre. Me conmoví, creí ver ya borrada la mancha extranjera, y toda nuestra gloria restablecida; pero el hado lo había

ordenado diferentemente. Ya me he presentado cual soy; el lector tiene en sus manos mis cartas credenciales; una multitud de contemporáneos viven: que se presente uno para desmentirme.

DIARIO DE LA ISLA DE SANTA ELENA

*Desde 20 de junio de 1815 hasta 15 de octubre,
que llegamos a la isla de Santa Elena*

LLEGADA DEL EMPERADOR AL ELÍSEO (I)
DESPUÉS DE LA BATALLA DE WATERLOO

20 de junio. Me avisaron de que el Emperador había llegado al Elíseo, y fui, desde luego, a ponerme a sus órdenes; allí encontré a los señores de Montalembert y Montholon, que el mismo afecto había conducido.

El Emperador acababa de perder una gran batalla: unos decían que había habido traición palpable; otros la atribuían a una desgracia inaudita. Treinta mil hombres, a las órdenes del general Grouchy, se equivocaron en la hora y camino, y como no se hallaron en el campo de batalla, el ejército, victorioso hasta las ocho, se sobrecogió repentinamente de un terror pánico y se dispersó en un instante. Eran Crécy, Azincourt, etc.:' todos temblaban, todo se creyó perdido.

I El texto decía: una fuga precipitada (*une véritable jour née des éperons*), con alusión a una batalla que se dio en 1513, en la cual los franceses huyeron sin batirse o, como si dijéramos, a uña de caballo. No debo pasar en silencio el motivo de esta variación.

ABDICACIÓN

21 de junio. El presidente de la asamblea, los hombres más eminentes del Estado y los amigos más íntimos del Emperador, vinieron a suplicarle que salvara la Francia abdicando. Este, aunque no convencido, respondió con su magnanimidad acostumbrada: «¡Abdico!».

El mismo día le presenté la Diputación de los representantes, que venía a darle gracias por el sacrificio que hacía a la causa nacional.

Algunos papeles y documentos, que circulaban desde el día antes, habían producido mucha sensación y acarreado este grande acontecimiento: decían que mediaban ciertas relaciones confidenciales entre Fouché y Metternich, en las cuales este último prometía con toda seguridad Napoleón II y la Regencia si el Emperador abdicaba. Parece que estas comunicaciones ya eran algo antiguas, sin que Napoleón lo supiese.

En Santa Elena, el Emperador, que era el único que sabía que yo escribía un diario, quiso un día que le leyese algunas páginas; cuando oyó esta expresión de *fuga precipitada*, escrita inconsideradamente, exclamó con vehemencia: «¡Infeliz!, ¿qué dice usted? Borre usted al instante... Una fuga precipitada... ¡Qué error!... ¡Qué calumnia! ¡Una fuga precipitada!». Repetía: «¡Ah, pobre ejército! ¡Valientes soldados! No, nunca peleasteis con más denuedo». Y después de una breve pausa dijo con el acento del dolor: «Es cierto que entre los nuestros hubo algunas almas viles. ¡El Cielo se lo perdone!; pero la Francia ¿recobrará jamás lo que perdió?».

Preciso es que Fouché tenga una propensión decidida para las operaciones clandestinas, porque es muy sabido que su primera caída, hace ya algunos años, dimanó de haber entablado negociaciones con Inglaterra de *motu proprio*, sin conocimiento del Emperador. En los grandes acontecimientos siempre ha observado una conducta tortuosa. ¡Quiera Dios que estos actos oscuros y tortuosos algún día no sean funestos a la patria!

EL EMPERADOR SE AUSENTA DEL ELÍSEO

25 de junio. Acompañé al Emperador a la Malmaison y le supliqué que me permitiera seguirle en su nueva fortuna. Mi propuesta parece que le causó admiración, pues no me conocía más que por los empleos que yo ejercía, y me dijo con alguna sorpresa:

—¿Sabe usted hasta dónde puede conducirle su oferta?

—No lo he calculado —le respondí. Aceptó mi ofrecimiento.

El día 26, a eso de las doce de la mañana, llegó el general Becker, y nos dijo con una especie de indignación que el Gobierno interino le había dado el encargo de custodiar a Napoleón y no perderle de vista. Esta elección fue parto de un alma baja e indigna, porque Fouché no ignoraba que el general Becker tenía algún resentimiento personal contra el Emperador, y por lo mismo creyó hallar en él un corazón agriado y dispuesto a vengarse; pero se equivocó altamente, porque este digno general dio pruebas las más

convincentes de un respeto y rendimiento que realzan sobremanera su honrado carácter.

Sin embargo, como los instantes eran muy preciosos, el Emperador, estando ya con el pie en el estribo, mandó el mismo General Becker al Gobierno interino, ofreciendo marchar al frente del ejército como simple ciudadano, prometiendo rechazar a Blücher y proseguir luego después su camino; pero como el Gobierno interino no admitió la propuesta, salimos de la Malmaison. El Emperador y una parte de su séquito tomaron el camino de Rochefort, pasando por Tours. Yo, mi hijo y los señores de Montholon, Planat y Résigny, fuimos por Orleans con los otros coches de séquito.

Llegamos a Orleans el 30 por la mañana, y a eso de las doce de la noche a Chatelherault.

CAMINO • LLEGADA A ROCHEFORT

1 de julio. A las cuatro de la tarde pasamos por Limoges; el 2 comimos en la Rochefoucauld, y a las siete llegamos a Jarnac, en donde descansamos; el maestro de postas nos detuvo toda la noche, retardando maliciosamente nuestro viaje hasta el día siguiente a las cinco de la mañana.

El 3, a las once de la mañana, que llegamos a Saintes, poco faltó para que fuésemos víctimas de una insurrección popular.

A poca distancia de Rochefort encontramos una partida de gendarmería, que las autoridades habían